

# ME GUSTA CONTAR

Ricardo Senabre

El escritor leonés Antonio Pereira cuenta ya con una dilatada obra llena de logros notables, tanto en poesía -su más temprana dedicación, cristalizada en más de media docena de libros- como en novela, género al que ha contribuido con tres títulos que merecían ser más conocidos. Pero el ámbito en el que Pereira se muestra como maestro indiscutible es, sin duda, el cuento breve. Aquí es difícil encontrarle parangón en nuestro último medio siglo, y habría que remontarse a otro gran escritor como Ignacio Aldecoa -tan distinto, por lo demás, de Pereira en su estilo y en su concepción de la literatura- para encontrar una figura equivalente. En *Me gusta contar* el propio autor ha seleccionado relatos de siete libros suyos y ha añadido algunos cuentos no recogidos hasta ahora. El resultado es una espléndida muestra del quehacer del autor. Unos setenta cuentos acreditan la extraordinaria variedad de técnicas, motivos y enfoques narrativos que el género puede alcanzar en manos de Pereira.

Pocas veces, en efecto, podrá encontrarse un surtido mayor de relatos breves y que además, pese a su diversidad, estén traspasados por el hilo común de un estilo inconfundible. El dominio de la alusión, el manejo continuo de la sugerencia, las historias o los personajes entrevistados a medias, en un rápido escorzo que deja adivinar un mundo complejo que el narrador elude pero que el lector es libre de imaginar, dan lugar a cuentos que nunca sobrepasan las 4 o 5 páginas, aunque también pueden reducirse a chispazos instantáneos de 8 o 10 líneas, como "El escalatorres" o "La esquila". En uno de estos levísimos apuntes, el titulado "Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos", un poeta local está sentado a la mesa de una taberna "haciendo su papel de poeta inspirado" (pág. 166). Ha conseguido escribir el verso inicial de un poema, que es el que da título al cuento. Un parroquiano se acerca "con la alegría lúcida de los primeros vasos", lee el verso y suspira: "Es un buen empuce, Pepín. Pero ahora qué". El simplicísimo esbozo, de apenas diez líneas, sugiere un mundo provinciano contemplado con la mirada socarrona y profundamente afectuosa que caracteriza al escritor. Es en ese entamo de seres humildes y a menudo candorosos donde Pereira encuentra su inspiración.

En "Una semana y un día", el narrador, que es también escritor, confiesa acerca de su tarea: No me gusta inspirarme en los políticos o en los banqueros, porque en seguida le llega la fecha de caducidad al producto" (pág. 222). Se diría que es el mismo Pereira quien habla, porque sus cuentos responden también a ese mismo rechazo y se centran en motivos menos perecederos.

Otro de los rasgos destacables del escritor es el lenguaje, de una vivacidad y una riqueza fuera de lo común, que aprovecha con sutileza los registros orales de la narración. Pereira exhibe siempre un considerable instinto idiomático. El léxico, la sintaxis y la fraseología pueden mezclar en el mismo párrafo acuñaciones cultas y giros populares con extraordinaria naturalidad: "De mí puedo decir que unas me iban y otras me venían hasta que vino a resolverlo la carta. Porque a qué acudía el señor Gayoso a la cabaña a las horas menos corrientes, por qué un hombre con idiomas y tantos viajes iba a estarse allí de gratis y bajo cerrojos, cuando ni siquiera se le conocía apañó con alguna mujer" (pág. 193). El carácter oral de muchos relatos no se manifiesta sólo en el lenguaje, sino que aparece en ocasiones subrayado por la misma disposición constructiva. Así, no es extraño el uso del relato referido, es decir, la presentación de un narrador que cuenta a su vez lo narrado por otro -siguiendo una antigua e ilustre tradición- o como sucede en cuentos como "Visita impía del Gulbenkian" o "El narrador inocente". O bien se discurre sobre relatos ajenos como en el titulado "Cuento en la Escuela de Letras". Es también un recurso técnico frecuente el desenlace inesperado sugerido en las últimas palabras del relato, a la manera de algunos poemas que sólo descubren su auténtico significado en el verso postrero. Léanse cuentos como "El asturiano de Delfina" o "Truman Capote cuenta un cuento", entre otros que podrían citarse, y se comprobará la magistral dosificación de pequeños detalles que van creando una atmósfera hasta desembocar en un final que, sin dejar de ser sorprendente, estaba ya, en realidad, prefigurado por la acumulación de informaciones previas. La técnica constructiva de Pereira -sea buscada o intuitiva, que eso poco importa cuando se enjuicia el producto final- ofrece incontables modelos de estudio para muchos alevines de narrador que creen aún que contar una historia es, en literatura, lo mismo que contarla a un par de amigos alrededor de unas bebidas.

*Me gusta contar* es un libro recomendable por muchos conceptos, lleno de páginas que constituyen ejemplos de lo que es la narración literaria en su estado puro sometida a los estrictos límites del género cuentístico. Vale la pena deambular una y otra vez por estas jugosísimas historias.